

La carta para el P. Alejandro quiero poner aquí porque en ella declara la estimacion que hacia de su persona y la virtud que Dios le dió para rendir los corazones de los infieles y traerlos á su amistad.

*Carta de Sultan Corralat, rey de Mindanao, para el P. Alejandro Lopez, Rector de Zamboanga.*

Esta carta escribe el rey de Mindanao, pidiendo mercedes al P. Alejandro Lopez, Rector de Zamboanga, que es el que sabe las cosas de este mundo y el que distingue lo verdadero de lo falso, y sabe la verdad de las cosas, por lo cual su nombre se ha extendido por todo mi reino, por ser verdad, gracias á Dios, que se ha cumplido mi deseo.

Lo que se sigue á esto que tengo dicho, es que envio esta embajada con el Orancaya Datang para que traiga al P. Rector, y es señal y muestra de mi amor, y de que quiero de todo mi corazon ser amigo y hermano del rey de España, y desde que recibí la respuesta de mis cartas del P. Rector quise y quiero de todo mi corazon y juntamente quisieron todos mis vasallos, y todo mi reino, así como oyeron la respuesta de la carta del P. Rector Alejandro Lopez. Doy gracias á Dios y al P. Rector más de mil veces, Dios se lo pague, y damos gracias á Dios criador y hacedor de todas las cosas.

Por esto envio á Datang, que es el mayor de mis principales, para que venga sirviendo al P. Rector sin recelo alguno, y me admiro de que el gobernador no le dejase venir con la embajada pasada, porque siendo mi hermano ¿qué recelo puede haber? Venga el Padre á verme, y si el gobernador gustare que nos veamos en Zibuguey, mi hermano el P. Rector lo trazará.

Admírome mucho de la segunda embajada que envió mi hermano y que no vino con ella, porque es tener poca confianza de mi hermandad.

Si mi embajador no estuviere en las cortesías con los españoles, el Padre le enseñe y guíe; ruego mucho á mi hermano que venga presto á verme, que dentro de diez dias se podrá mi hermano volver, que no quiero más, sino que nos veamos las caras y hablemos de estas amistades boca á boca, que con esto nos concertaremos y no por cartas.

Y para que estas amistades tengan buen fin, no está más sino que nos veamos los dos. No tengo otra cosa que enviar á mi hermano, si no es esa marqueta de cera, y lo que más es, mi corazon, oloroso de amor como un ramillete de flores. Dios guarde al P. Rector.—*Sultan, rey de Mindanao.*

Esta es la carta del rey para el buen P. Alejandro, en que declara el grande aprecio que hacia de su persona y el cordial amor que le tenia y la grande estimacion de todos sus reinos. Y al gobernador le dice en la suya, que

enviarle al Padre, será echar las áncoras al navío en señal de la firmeza de estas amistades.

Recibidas, pues, sus cartas de manos de sus embajadores, dispuso con presteza su viaje, llevando consigo algunos soldados y otros indios que servian en la iglesia, y parecieron convenientes para celebrar con autoridad los oficios divinos entre aquellos bárbaros.

Once dias tardaron en el viaje, al fin de los cuales desembarcaron en Mindanao, con tanto gozo suyo como del rey y todo el reino, que los deseaba como á ángeles de paz. Las demostraciones que hicieron de alegría y las caricias y regalos, dice el P. Alejandro en la carta que escribió á su Provincial á Manila, por el tenor siguiente:

«Llegué á los veintiseis de febrero de mil y seiscientos y cuarenta y cinco, y, por ser sábado, hice noche una legua de Zibuguey, donde el rey habia dias me estaba aguardando. Y aunque por estar indispuerto se habia subido á su pueblo, sabida mi llegada, bajó á disponer el recibimiento, y habiendo sabido que era domingo, y que me habia detenido á decir Misa, envié de diez á doce embarcaciones, entoldadas de ricas piezas, con mucho adorno de flámulas y gallardetes, muy bien armadas, y en la mayor de ellas iba el príncipe Oathin, de diez y seis años, á quien Corralat le habia dedicado para que fuese mi hijo, y le envió para que me recibiese.

»Los caracoles que hicieron, artillería y armas de fuego que dispararon, campanas y trompetas que se tocaron al encontrarnos los dos, es para que otros lo ponderen mejor.

»Dió el príncipe una vuelta á mi caracoa con mil demostraciones de gozo y alegría, dando muchas cargas á tiempo y sazón; pidióme que me embarcase en su hoanga para entrar en el rio; hícelo, y al punto me abrazó tan fuertemente que, como andan ellos con los pechos desnudos, aunque con aire y modestia, segun su uso y costumbre; se le imprimió en el pecho la figura de Cristo crucificado que tenia pendiente, y no sin particular advertencia. Estaba ya aguardando el rey debajo de una tienda, y llegado, mandó á Tiruley, que es el rey nombrado por tenerse él ya por viejo, que me abrazase en su nombre.

»Entretuvímonos toda aquella mañana, en que llegué á la córte de Corralat, en hablar de cosas de la fe, en que no perdí ocasion. Aunque estaban todos los caciques presentes y un infinito gentío mahometano que habia concurrido á la novedad, y dícholes propusiesen sus dudas, y que me respondiesen á las mias; ninguno habló palabra, sino entre sí solos: el rey Corralat era curioso, y deseoso de saber, tomando ocasion para ello de verme traer colgado y pendiente del cuello el santo Crucifijo, siendo este el fin para que yo

le llevaba, díjese, que era el Dios verdadero y el Redentor del mundo: discurrendo por los demas misterios, procuró mudar plática, y en otra ocasion quiso saber más.

»Endulcé mi embajada con traer los músicos de Zamboanga con arpa, rabel y guitarra: fué notable el gusto que recibieron, máxime la reina y sus allegadas: dióle curiosidad al rey de que le cantasen las oraciones de los cristianos: cantáronle la Salve, contentóle, y otro dia se juntaron todos los muchachos y se la volvieron á cantar.

»De lance en lance, en una visita me pidió que le enseñase la imagen de la Virgen Santísima y de Jesus su benditísimo Hijo. Iba yo muy bien preparado de estas celestiales mercaderías, y envié por mi escribanía; y, presentes todos los principales y caciques, que no se holgaban de estas curiosidades de su rey, trajeron una Virgen de bulto con el Niño Jesus en sus manos, y se holgó de verla.

»De propósito abrí un cajon adonde tenia muchas vitelas iluminadas, y las que más le cuadraron fueron la Trinidad de la tierra Jesus, María y José, Jesus Crucificado, y otra de la Virgen con Jesus muerto en sus brazos. Declaráronsele muy á la larga todos los misterios y lo que significaban.

»La reina pidió todas estas imágenes para verlas, y dándole hasta seis ú ocho, las más vistosas, corrieron por todas manos, con dolor de todos sus caciques, que con estas cosas era como darles lanzadas; y en esto se pasó casi todo el dia.

»Conociendo yo el gusto que tenia el rey en las cosas de la fe, desde mi embarcacion rezaba la gente de ella, poniéndonos para esto enfrente de su palacio, de suerte que lo oyera, y remataban los cantores con la Salve cantada con instrumentos.

»Bien entendieron algunos que habíamos de ser primero mártires que confesores por la contradiccion de los caciques; pero el rey no se dió por sentido de nada, y mucho ménos de que todos los dias dijese Misa y juntase á todos los cristianos de la otra parte del rio para oirla.

»Cuando algunas veces venian los moros de parte del rey á tratar algun negocio, les decia que esperasen hasta decir Misa, y de este misterio santo preguntó el rey algo; pero más queria saber la curiosidad, y como esta entra por los sentidos, quiso que sus hijos le informasen; y como el dia siguiente era el de Ceniza, envió al príncipe para ver las ceremonias de la iglesia, de que tenia noticia.

»Yo estaba ocupado en explicar á los cristianos aquel misterio, y como tardé, allegó muchas embarcaciones, para ver de ellas lo que yo hacia; pero los sacristanes taparon con un dosel la parte donde el príncipe cebaba su curio-

sidad loable; mas el deseo de ver las sagradas ceremonias, le obligó á subir en un árbol, desde donde miraba, aunque con trabajo y dificultad, la Misa y ministro de ella; y el dia siguiente le remitió su padre para que la viese.

»Como el dia ántes le habia echado con todos los que le acompañaban, diciéndole que era moro, y que no podia estar en la Misa de los cristianos, el rey previno á su ayo, que si acaso le echase de la iglesia, me dijese de su parte que no habia de ser mi hijo, y que, como hermano mio, me pedia que le dejase ver la Misa, como lo hice, echando fuera á todos sus criados.

»Quedó el príncipe tan admirado de verla, que convidó á su hermano mayor Tiruley, rey ya nombrado, y teniendo noticia, la dije muy de mañana, y llegó al *Ite Misa est*: y á petición de ellos les declaré sus misterios. Admiraron una imagen de Cristo crucificado, á quien veneran por gran Profeta, y le llaman en su lengua *Lajurutla*, y á la Virgen Santísima *Maliám*, y con las mismas cosas que ellos sabian, los enderezaba al conocimiento de la verdad.

»Trujo el rey algunos panditas y caciques, pero ninguno osó preguntarme cosa más que si tenia alguna imagen del infierno y del cielo. Del infierno tenia una con la significacion de los tormentos que un alma padece, rodeada de una serpiente de extraña fiereza, que les puso notable temor y espanto, y más cuando les dije que si no se hacian cristianos, se habian de ver así todos.»

Esta es la carta del bendito Padre, y luego prosigue dando cuenta de las paces que, con el favor de Dios, asentó con este rey con condiciones ventajosas para España, y, lo que más importa, para la cristiandad, porque al Rey nuestro Señor le concedió buena parte de tierras en su reino, muy importantes para la seguridad y el comercio; al Padre dió muchos cautivos cristianos, que fué un gran despojo de esta contienda; dió licencia para predicar el santo Evangelio en todo su reino, y que pudiesen recibir el santo bautismo cuantos quisiesen libremente, y vivir en la fe santa de Cristo, y tambien licencia para que los Padres de la Compañía de Jesus edificasen casa é iglesia en su córte, y viviesen en ella religiosamente ejercitando todos sus ministerios.

Para tomar la posesion, y hacer su embajada fructuosa, no sólo temporal sino espiritualmente, predicó el P. Alejandro públicamente á todos el santo Evangelio de Cristo, con tanto gozo de los cristianos como rabia de los moros caciques, y convirtió tantos que, entre nuevos bautizados y reducidos de los que habian dejado la fe, se contaron mil almas las que en esta ocasion ganó para Cristo.

Dió juntamente cartas este rey para el de Joló, suegro suyo, persuadiéndole que hiciese paces con los españoles, como él las habia hecho, sin reparar en condiciones, porque importaban á todos.

BIBLIOTECA CENTRAL

Con esto partió el Padre á Joló, dejando gustosísimo al rey de Mindanao y á sus vasallos, llevando las paces firmadas de su mano y cartas de amistad y benevolencia para el gobernador de Manila.

Llegado á Joló halló cartas del rey muy cariñosas, en que le daba la bienvenida y gente que le recibiese y hospedase; pero él, con la enemiga y el temor que había cobrado á los españoles por la guerra que tuvo con D. Sebastian Hurtado de Corcuera y los daños que recibió de su gente; no se fió de los españoles que acompañaban al P. Alejandro, y por esto estaba retirado y fortificado en una sierra; pero como no se podían asentar las paces con firmeza, sino firmándolas de su mano, el bendito Padre, sin reparar en el riesgo que le corría de la vida, se entró con ánimo varonil, con un Cristo en las manos, por la sierra adentro, poblada no de hombres sino de tigres y leones y fieras; y á costa de inmensas fatigas, llegó adonde el rey estaba, y le habló con tanta dulzura y benignidad, ofreciéndole toda seguridad y demoler las tres fortalezas que tenían en su tierra los españoles, que aquel bárbaro, más fiero que las fieras, se amansó, y domesticó, y bajó con el Padre como un manso cordero, y se vió con los españoles amigablemente.

Asentaron las paces á gusto de ambas partes con buenas condiciones para todos, una de las cuales fué, que habían de predicar libremente los cristianos el santo Evangelio en sus tierras, y bautizar á los que libre y espontáneamente le quisiesen recibir.

Ofreció al Padre dones, pero el siervo de Dios no admitió otros más de los tratados de las paces que firmó de su mano, con los cuales volvió contento á su colegio.

## VII

*Vuelve á su colegio, y los casos que le sucedieron en prueba de su paciencia.*

Concluidas con tanta felicidad las paces referidas, volvió el siervo de Dios á su colegio, cargado de los despojos que Dios le dió en esta lid, de grandes merecimientos y de muchos cautivos que rescató del poder y tiranía de los moros.

Al mismo tiempo vino á combatir nuestras tierras, con el favor de los dos reyes de Mindanao y Joló con quien se había confederado, una armada de holandeses que infestaba aquellos mares: mas sabiendo que habían asentado paces con los españoles, no se atrevieron á invadir con hostilidad la tierra, y así se volvieron sin hacer señal alguna, alcanzando el bendito Padre con su industria y diligencia esta victoria sin sangre.

El gobernador de Manila le envió las gracias por las paces que había hecho, encareciendo el servicio que había hecho á las dos majestades divina y humana, y ofreciendo de escribirlo al rey nuestro Señor, y lo mucho que en todos aquellos reinos obraba la Compañía en aumento de su corona y de la fe de Cristo.

Mas Dios que se gobierna por otros fueros diferentes con alta sabiduría y providencia, en premio de grandes servicios da á sus siervos nuevas ocasiones en la lid de este mundo de pelear y padecer para aumento de su corona, y así las dió al P. Alejandro cuando llegó victorioso á descansar en su colegio, adonde lo primero que hizo fué tratar de hacer unos fervorosos Ejercicios, dando acero al espíritu, y acicalar las armas para volver á la batalla con mayor aliento.

Compuso las cosas de su casa, afervorizó los ministerios, y hubo día que, con ocasion de un jubileo, confesaron y comulgaron al pié de cuatro mil personas, que, en tierra casi toda de infieles y donde había tan pocos españoles, fué cosa bien rara y de mucha estimacion y que declara el fruto que la Compañía hacía en aquella tierra.

Había en ella un capitan escandaloso, gran blasfemo y jurador y juntamente lascivo, amancebado públicamente con escandalo de la tierra. El santo P. Alejandro, á quien el Obispo había hecho su Vicario en aquel partido, y tenía sus ausencias, juzgó que le corría obligacion de curar aquella oveja tan enferma y contagiosa para el rebaño de Cristo.

Tomó á pechos su remedio, y lo primero comenzó por la oracion, rogando á Dios que redujese aquella oveja perdida, y sin duda fué oído de Su Divina Majestad, porque habiéndosele contado en media hora trescientos juramentos y blasfemias, se le torció la boca de manera que nunca pudo enderezarla, dándole Dios aquella señal, como á Caín, en pena de su pecado y para aviso de su enmienda; pero estaba tan encarnizado en sus vicios, que no hizo caso del castigo de Dios y prosiguió adelante en sus escándalos.

El buen Padre, como amoroso y solícito pastor, procuró reducirle por bien, ya que no le corregía el castigo: hablóle en secreto con toda la cortesía posible, con palabras muy blandas, razones dulces y semblante apacible, poniéndole delante el riesgo de su alma, el escándalo del pueblo y el mal ejemplo que tomaban los recién convertidos, rogándole por amor de Dios y su santísima Madre que mirase por sí y mudase de costumbres.

Mas el mal encancerado no se cura con aceite blando, sino con fuego y acero, que ataja el fuego del veneno; y como este capitan era superior en aquellas fuerzas, altivo y soberbio, y sus llagas estaban tan encanceradas y tan entrañado el veneno de sus depravadas costumbres, estuvo tan léjos de

corregirse con la blanda exhortacion del P. Alejandro, que enfurecido como un loco, teniendo por caso de ménos valer que alguno se atreviese á corregirle, levantó la voz, y, echando llamas de indignacion por la boca, dijo al Padre tantas y tan graves injurias, que la menor fué que mentia él y todos cuantos lo decian; y vomitando amenazas delante de mucha gente que vino á las voces que daba, se fué colérico y furioso, sufriendo el bendito Padre todas estas injurias con admirable silencio y paciencia.

Fuése á encomendar á Dios aquella alma perdida, rogando á Su Divina Majestad que le hiciese tantas mercedes cuantas eran las injurias que habia recibido, y que se apiadase de él y le tuviese de su mano para que no se perdiese, y de allí adelante puso nuevo cuidado en reducirle al rebaño de Cristo.

Pará esto, tomando consejo con personas cuerdas y celosas del servicio de Dios, resolvió quitarle la mujer con quien estaba mal amistado; pero entendiéndolo el capitan, vino con gente armada al colegio, y hallando la puerta cerrada y al Padre orando, intentó echar las puertas en tierra y entrar en el colegio á fuego y á sangre.

El siervo de Dios, armado no con acero ni hierro, sino con oracion y paciencia, que son las armas fuertes de la Iglesia, resistió á su osadía, orandó y suplicando á Dios por él y por los suyos, y Su Divina Majestad fué servido de oír su oracion y defender su casa, reprimiendo la ira de aquel hombre frenético que, como tal, se volvía contra el médico que procuraba su salud.

Mas como no bastasen las medicinas que el santo Padre usaba para su remedio, se tomó por última resolucion dar cuenta de todo al gobernador general del rey, que estaba en Manila, el cual le mandó llevar preso en cadenas, y, despues de larga y penosa cárcel, le desterró á Mindanao, adonde acabó su vida miserablemente en pobreza y afliccion, como sus delitos merecian.

Con la misma paciencia llevó otras tantas injurias que le dijo un soldado español, sin haberle dado otra causa más que pedirle con mansedumbre y cortesía que no maltratase á un indio recién convertido, á quien heria y daba de palos y golpes sin causa más que si fuera su esclavo; costumbre de malos soldados de la India que, á título de españoles, se quieren servir de los naturales como si fueran esclavos suyos, con grande perjuicio de la conversion de aquella gente, que aborrece el nombre de español como de sus mayores enemigos, y, por consiguiente, la religion que profesan los que sin causa ni razon les hacen tales tratamientos.

A esta depravada costumbre se opuso el piadoso Padre, defendiendo á los indios inocentes de la tiranía de muchos españoles que injustamente los hacian esclavos suyos: y por esta causa se vió muchas veces á pique de padecer en su persona gravísimas injurias, no sólo de palabra, sino de obra; pero

todas las llevó con invencible paciencia, volviendo por la verdad y por la inocencia de los indios, que hallaban en el Padre su amparo y se rendian á su enseñanza con el amoroso trato que les hacia.

Otra ocasion le ofreció nuestro Señor en que hizo alarde de su caridad y paciencia, y fué de un capitan que daba público escándalo con una mujer, y tomando el medio más suave para reducirle al camino de la vida, le escribió un papel con toda la cortesía y blandura que pudo, suplicándole por Dios y por su Santísima Madre, que mirase por su alma y quitase aquel escándalo tan público. El capitan le respondió con mucha descortesía un papel lleno de injurias y amenazas, si trataba de corregirle; mas el bendito Padre no se acobardó por esto, ántes encendido más en celo y deseo de su salvacion, fué á verse con él, armado del escudo de la paciencia, para recibir los golpes de su indignacion: llevó consigo á otro Padre espiritual que le reportase, si acaso se enfureciese contra él.

Entraron en su fortaleza, y, en viéndolos, empuñó la daga con muestras de gran furor, y con palabras injuriosas amenazó al Padre con la muerte, y estaba tan furioso, que no fuera mucho ejecutar su amenaza.

El siervo de Dios estuvo callando á todas sus injurias, y haciendo ostentacion de su invencible paciencia, volvió á su colegio rico de merecimientos, y viendo que por aquel medio no podia reducir aquella oveja perdida al rebaño del Señor, acudió al ordinario suyo, que era el de la oracion y penitencia, haciéndola en su persona por la de aquel pecador, y pidiendo con lágrimas al Redentor del mundo su salvacion.

Sus gemidos y clamores fueron oídos del Señor, porque en lugar de la muerte que aquel mal aconsejado le procuró dar, trocó las suertes, como las de Aman y Mardoqueo, y se la dió á él, enviándole una grave enfermedad, de que luego adoleció: sabiéndolo el P. Alejandro le fué á visitar y consolar, y hallándole mal acomodado, le trujo á su colegio, y le asistió y curó con admirable caridad, de que el capitan espantado y obligado le pidió perdon de todo lo pasado, é hizo con él una confesion general de toda su vida, y fué tal su arrepentimiento, que ántes de morir pidió con lágrimas que le recibiese en la Compañía, porque si moria con el hábito de la religion, iria con grande consuelo y esperanzas de su salvacion.

El santo Rector condescendió con sus ruegos, y le recibió en la religion con grande consuelo de su alma, y le enterraron entre los nuestros como á hijo de la religion, y se le hicieron todos los sufragios que se acostumbran por ellos.

Este trofeo alcanzó de su paciencia el fiel siervo del Señor, y estas ocasiones y otras muchas le dió el cielo despues de la victoria de Mindanao, para enriquecer su corona de nuevos merecimientos.

## VIII

*Parte segunda vez á Mindanao, y lo que obró por la fe y por la paz.*

Ocupado el apostólico varon en gobernar su colegio y cultivar aquella viña que el Señor le habia encomendado, se ofreció otra ocasion que le forzó á dejar su recogimiento y volver á Mindanao. Porque un capitan español, mal contento de las paces establecidas con los reyes arriba dichos y con otros comarcanos, viéndose impedido de hacer hostilidades y presas en los enemigos, que son las ferias gananciosas y las pescas copiosas de los capitanes y gobernadores, en que tienen libradas todas sus medras; vencido de la codicia, movió guerra á Corralat, rey de Mindanao, y entró por sus tierras robando y cautivando sus vasallos, contra lo capitulado en las paces.

Ofendido con razon el moro, se puso en armas, y trató de la defensa, amenazando con la muerte á los cristianos, y en primer lugar á todos los bautizados en su reino, si no apostataban de la ley que profesaban.

Envió embajadores á los holandeses, pidiéndoles que viniesen con su armada, porque los españoles habian quebrantado las paces, y queria castigarlos.

Lo mismo hizo con el rey de Joló su suegro y con los de la comarca, armandose todos para acabar con la cristiandad de aquellas islas; que tales daños acarrea muchas veces el desórden y codicia de un particular, y por el pecado de uno pagan muchos inocentes, porque es como una centella avivada que abraza los montes y las ciudades.

Así fué el desórden de aquel capitan, que encendió tan grande fuego en los ánimos de aquellos bárbaros, que puso á riesgo de perderse toda aquella cristiandad.

Dió gran cuidado esta alteracion y movimiento al Gobierno de Manila, y tratando de atajarle, no hallaron otro medio más presentáneo y eficaz que enviar por embajador y medianero al P. Alejandro Lopez, cuya prudencia, experiencia y buen acierto en los negocios era manifiesto á todos, y sabian la grande cabida y mano que tenia con Corralat, que era el principal ofendido.

Así, le rogaron que tomase aquella empresa, no ménos por la defensa de la religion cristiana, pues veia perecer tantos recién bautizados y cerrarse la puerta á los demas, como por el servicio del rey, cuyas tierras corrian riesgo de perderse, si no se atajaba con presteza aquel incendio que se habia levantado por la indiscrecion de un capitan, á quien castigarian ejemplarmente por ella.

Ninguno, á juicio de todos, podia ir con más riesgo de la vida que el Padre Alejandro á esta embajada, porque como él habia asentado las paces y asegurado á los reyes su observancia, y ellos eran bárbaros y moros, y no atendian á más razon que sus armas, viéndole en sus tierras fiador de lo que no se habia cumplido, era lance casi forzoso que vengasen su ira en él como engañador y falso fiador de las paces.

Pero el celo de la salvacion de las almas y el ansia de atajar aquella guerra, y de que no se cerrase la puerta al Evangelio en aquella tierra fué tal, que no dudó de ofrecer su vida en la demanda, y tomar á su cuenta aquella empresa tan arriesgada.

Púsose luego en camino; y, con más confianza en Dios que prevencion de gente y armas, se embarcó y entró en Mindanao, ayudándole el cielo con próspero viento al que llevaba en su corazon el del Espíritu Santo.

Sabida su llegada por el rey Corralat, se mostró muy esquivo y enojado, y le dió tarde y mal audiencia y más quejas que regalos, acriminando la infidelidad de los españoles y el agravio recibido, cargándole la culpa al Padre que los habia acreditado. Y, como hablaba con razon, fué necesaria mucha sagacidad y prudencia y grandísima tolerancia, para poder aplacarle.

Oyó el Padre con mucha paciencia y dióle satisfaccion, diciéndole la verdad, que habia sido culpa de uno que seria gravemente castigado, y que el gobernador y el Senado de los españoles estaban muy pesarosos de lo hecho y muy firmes en guardar las paces. Finalmente, dando tiempo al tiempo, y con la verdad que tiene gran fuerza, se vino á aplacar el moro, y ofreció dejar la hostilidad comenzada, y el Padre, viéndole de mejor temple, se aprovechó de la ocasion, y con buen modo introdujo la plática de la religion y de Cristo, que era siempre el blanco de sus acciones.

El rey y sus caciques, llevados de la curiosidad, le preguntaron del principio del mundo y qué sentian de este punto los cristianos, á que el P. Alejandro respondió la verdad católica con tanta claridad y erudicion, que todos quedaron satisfechos, segun lo mostraba su exterior; y concluyó diciendo que le diesen licencia para preguntarles alguna cosa de su ley en pago de las preguntas que le habian hecho; diéronle licencia, y dijo así:

«Vosotros decís que de los moros los buenos van al cielo y los malos al infierno, y juntamente decís que los moros se casan en el cielo con las mujeres que acá tuvieron; pregunto, pues, si la mujer de un moro se va al infierno, ó el marido de una mora que va al cielo, ¿con quién se casarán estos?» No supieron qué responder los caciques, y quedaron tan afrentados y rabiosos, que todos entendieron que era llegada la hora de su martirio.

Viéndolos el rey corridos, tomó la mano, y, como quien se pone de por